

de contemplar con serenidad y hasta con regocijo la coexistencia de tan tremendas alternativas! Ese, ése no habrá sorbido nada del succulento meollo que encierra la ciencia contemporánea.

El lector hallará finalmente en un capítulo dedicado a la Psicología sugestiva interpretaciones de Haldane, que el autor presenta como meras especulaciones personales. Tiene indudable valor ésta: «... los fenómenos mentales obedecen a ciertas leyes que no son análogas a las leyes de la física clásica, sino mucho más semejantes a las que gobiernan el comportamiento de las pequeñas porciones de materia a la luz de la mecánica cuántica». Las consecuencias de este atisbo pueden conducirnos lejos. Que el estudioso se asome a este volumen liberador, escrito sin afán proselitista sin intención polémica y sin empaque literario.—ALEJANDRO TARRAGÓ.



ESPEJO DEL PASADO, de *Samuel A. Lillo*.— Editorial Nascimento, 1947.

He aquí un libro de recuerdos personales, literarios. Período de la infancia del autor, días de colegio, veladas familiares y nacimiento de una fuerte vocación literaria. La vida en las Academias, la interesante labor en los Ateneos y rápidas impresiones acerca de los libros del autor completan el índice de esta obra, trazada con mano ágil, en lenguaje sencillo, sugerente.

«Espejo del pasado» tiene valor de animado archivo de la vida literaria nacional. En sus páginas desfilan los escritores de la hora actual a excepción de los más jóvenes. Nada escapa: la memoria. Hasta las más recientes andanzas de algunos escritores han sabido merecer su anotación emotiva. Mariano Latorre, Augusto D'Halmar, Luis Durand, Domingo Melfi, Pablo Neruda, Milton Rossel y muchos más, son citados con palabras de admiración, ahondando, a veces, en el detalle que puede definirlos.

Samuel A. Lillo, poeta de finas calidades, cantor del Chile heroico y de la América latina, nos da en su libro de evocaciones la clave que permite, en cierto modo, hallar los antecedentes y rumbo actual de uno de los más interesantes capítulos de la literatura nacional: el criollismo.

En la época del Antiguo Ateneo, «altísimo cenáculo donde sólo podían officiar los pontífices del arte», estaba en auge la poesía romántica. Los versos de Bécquer se recitaban con admiración. La estrofa lapidaria que termina con la suave lamentación sobre la soledad y abandono de los muertos pudo merecer la réplica: «¡Qué solos se quedan los vivos!».

Más tarde en una de las sesiones del Nuevo Ateneo, el escritor Federico Gana leyó un cuento, «La Maiga», en el que por primera vez en Chile se elevaban a categoría estética las costumbres nacionales con un estilo y vocabulario adecuados al ambiente criollo. El fracaso fué completo. Eran pocos los que podían comprender que también se rinde culto a la belleza escribiendo sobre los rotos y campesinos, hablando «de caminos polvorientos donde cruzan cabalgatas harapientas y enamoran rústicos don Juanes a heroínas de rebozo y pie desnudo».

Los poetas parnasianos y en particular Leconte de Lisle, tuvieron asimismo su ola de actualidad. La influencia del autor de los «Poemas Antiguos» y de los «Poemas bárbaros» fué decisiva. El poeta francés había llevado a sus libros el paisaje rústico, el alma provinciana, toda la realidad de un mundo instintivo con su color trágico o feliz. El trabajo de la vida como una forma de belleza y el sentido de los vastos aspectos de la naturaleza. De ahí, que la selva virgen, el mar, el cielo profundo se destaque en el trasfondo de sus poemas, envueltos en una melancolía que brota de las regiones de un sueño religioso y cosmogónico.

Eusebio A. Lillo nos dice que cuando leyó los poemas en que se cuentan las hazañas de los hombres y se describen las figuras de las fieras y reptiles comprendió que en Chile había una fauna

interesantísima que hasta entonces nadie intentó llevar a la poesía. Y al dirigir su atención al suelo nacional, encontró «un venero riquísimo propio e inexplorado».

Así nacieron «La epopeya de los cóndores», «El Arponero», la «Caza del puma», «El triunfo de la Selva».

El cóndor, el puma, los boldos, maquis y laureles, elevados a la categoría de valores poéticos, se convirtieron en fuente de inspiración de las mejores páginas literarias. Mariano Latorre, subjetivo y plástico por excelencia, y Luis Durand, cultor de la escondida vibración romántica de la realidad, han dado a la literatura nacional obras definitivas, de sello inconfundible.

La lectura de este «Espejo del Pasado» nos afirma en la convicción de que el escritor puede reproducir la sociedad mediante el juego de sus ideas o en virtud de la inteligente exposición de un cuadro de costumbres. La obra poética del autor de las «Canciones de Arauco» nos pone de manifiesto que el trabajo de la imaginación no puede igualar al esplendor del mundo real, sin que esto suponga desconocer el valor del libro que nace apoyándose muchas veces en supuestas imágenes, surgidas de un mínimo detalle, inventado, por lo general. Recuérdese, a tal efecto, que Lucrecio pudo organizar una teoría del amor fundada sobre hipótesis de la sensualidad.

La poesía, por consiguiente, trama de ideas. Los animales y los paisajes, evocados con alma de poeta. El escritor ejercitando una visión despierta, no limitada a la notación abstracta, sino más bien convirtiendo en disciplina la necesidad de captar la esencia para devolverla transfigurada.

He aquí algunas de las sencillas ideas que esta obra de Samuel A. Lillo nos ha sugerido. Escrita con donaire, constituye un documento valioso para esa Historia de la literatura chilena, que espera todavía la mano esforzada que la redacte, estableciendo valores, fijando exactas filiaciones.—VICENTE MENGOD.